

PRONTO APARECERÁ

el tercer libro de

*Los Grandes Films*

de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

?

digno sucesor de los publicados:

Los hijos de Nadie

(3 ediciones)

El triunfo de la mujer

(3 ediciones)

¡ÉXITO ENORME!

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 79

25 cts.



EL  
ENCANTO  
DE NUEVA-YORK

por  
Baby Peggy  
Filmoteca  
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono, 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 79

---

---

**El encanto de Nueva York**

por la diminuta "estrella" **BABY PEGGY**

Producción **UNIVERSAL (Joya)**

Concesionarios: **HISPANO - AMERICAN FILMS, S. A.**  
Valencia, 233 -- Barcelona.

Argumento de la película de dicho título

En un barrio pobre de Nápoles, donde la llevara el destino, Margarita Van Dyne, de Nueva York, sentía que su vida se le iba, y en los postreros instantes de su lucidez dictó al médico la siguiente carta:

*"Señor Don Pedro Van Dyne  
LARCHMOND, Nueva York.*

*Querido padre:*

*El médico me está escribiendo esta carta para decirte que estoy próxima a morir, y para suplirte que te hagas cargo de mi hija.*

*Tú tenías razón en lo que pensabas de mi esposo: es una inutilidad y al fin me ha abandonado. Cuando yo deje de existir, mi hijita quedará desamparada, y por eso te la mando. Santuza, que así se llama mi niña, es dócil y aunque nacida en Italia, sabe hablar el inglés.*

*Amala y perdona a tu hija Margarita."*

Luego, no tardó mucho en presentarse la Pálida en la mísera casuca, para reclamar su presa.

¡Margarita ya no era de este mundo!

Santuza, que apenas contaba cuatro años, fué recogida por una vecina de corazón, a quien la difunta madre había enterado de su triste odisea, y la cual, decidida a cumplir la última voluntad de la desdichada Margarita, sacó pasaje para la América, para ella y para la niña. La carta dirigida al abuelo de Santuza no había sido puesta al correo aún, y por lo tanto, la vecina la entregaría personalmente al abuelo, junto con la nieta.

Esa vecina no conocía el interés cuando su conciencia la dictaba una noble acción; era, pues, pobre y buena por la satisfacción de servir, dentro de su humildísimo estado de viuda y sola en la vida, a algo provechoso. ¡Admirable mujer!

El día de la salida del vapor para la América del Norte, y mientras los emigrantes—de los que Santuza y su protectora formaban parte—esperaban la apertura de las verjas de madera que les impedían el acceso al muelle de embarque, la vecina notó, con asombro y disgusto, que no llevaba dinero, por haberse sin duda dejado el monedero en su casa.

Como no podían partir sin recursos para atender a las necesidades de la travesía, la vecina determinóse a volver a su casa, con la mayor urgencia, y a fin de no dejar sola a Santuza, buscó una solución que pronto halló.

En efecto, un hombre estaba allí, cerca de la niña, de pie. Más de una vez, atraído por la

gracia de Santuza, el emigrante en cuestión le había hecho alguna caricia. Por tal razón, pues, la vecina se acogió a él y le dijo:

—He olvidado mi dinero en casa. ¿Quiere usted quedarse con la pequeña mientras yo lo busco?

—No tengo inconveniente; pero vaya usted



...el emigrante en cuestión le había hecho alguna caricia.

aprisa, pues sólo falta media hora para embarcar.

El individuo que se había encargado de la niña era un italiano, de nombre Giovanni Donello, quien, por razones que no aparecían en su pasaporte, hacía frecuentes viajes entre puertos de América y Europa.

Media hora llevaban Giovanni y Santuza esperando a la acompañante de ésta, quien preo-

cupadísima, no daba con el dinero en ninguna parte; de modo que no viéndola tampoco llegar cuando dieron la orden de embarque, Giovanni tomó a la niña en sus brazos y subió en el barco, desde cuyo puente escudriñaba todos los rincones del muelle para divisar a la vecina.

Esta llegó al sitio de espera de los emigrantes en el preciso instante en que el vapor levantaba el ancla, y por más protestas que hizo, reclamando a la niña, no la dejaron franquear la verja de entrada al embarcadero.

Giovanni se llevó, pues, consigo a Santuza, muy a gusto de ella, que hacía buenas migas con todo el mundo.

Pero, ¿por qué se la llevó en vez de dejarla en el muelle al cuidado de un agente de vigilancia hasta que la vecina fuera a recogerla? ¿Con qué derecho se convertía en protector de Santuza?

Una razón, la más poderosa, era la siguiente: antes de que la vecina le rogase cuidara de Santuza hasta su regreso, Giovanni había sabido que iban a Nueva York, como él precisamente, aquélla para entregar la niña a su abuelo, por encargo de la finada madre. En un lío de la niña iba la carta de presentación. Por lo que había deducido, el abuelo no debía ser ningún pobre. Puede admitirse de consiguiente que el interés hizo vacilar a Giovanni entre partir con la niña o sin ella.

Hemos dicho que era un hombre misterioso; y sus sentimientos impenetrables eran también.

No pecaremos de ilógicos sin embargo, alegando en su favor la circunstancia de querer aguardar, a bordo, hasta el último instante la

aparición de la vecina, y haber sido sorprendido, a última hora, cuando ya no había remedio, con el vapor libertado de sus amarras.

Sin mucho escrúpulo pensó que aquello no tenía mucha importancia toda vez que a la vecina no la ligaba ningún parentesco con la niña; que ésta tenía completa su documentación identificadora y que él iba también a Nueva York. ¿Qué más daría que fuera él quien entregase la niña al abuelo desconocido?

Para comprobar si ese servicio especial— que se apartaba en absoluto de los que acostumbraba hacer—le reportaría algún beneficio, Giovanni, por la noche, mientras Santuza dormía el sueño de la inocencia, revisó los papeles de la niña y leyó la carta destinada al único pariente que la quedaba.

Y exclamó sonriendo anchurosamente, complacido de la visión que le prometía un bonito negocio:

—¡Pedro Van Dynel! ¡El millonario Van Dynel! ¡Quién había de decir que esta muchachita es la nieta de un potentado!

Podía haberse figurado no salir perdiendo prestando su protección a Santuza, pero de eso a lo que la realidad le auguraba, había mucho trecho.

Santuza no partió sola con Giovanni; una amiga inseparable la seguía en su emigración: su muñeca, una pobre muñeca de trapo cuyas formas, antivenusinas, eran moldeadas con serrín.

Giovanni vió en esa muñeca una salvaguardia para sus intereses y ello fué una razón más para que se alegrara de haberse llevado consigo a la niña.

Y era que los negocios en que se ocupaba Giovanni tenían sus ventajas económicas, si que también sus muchos riesgos: hacía el contrabando de piedras preciosas. En este viaje debía pasar de matute una crecida suma en diamantes. La muñeca le sugirió la idea de esconder en su pecho, vaciándolo de serrín, la bolsita con los diamantes, y dejar el juguete de nuevo en las manos de Santuza, sin que ella supiera nada. De este modo, nada habría de temer. Y puso a la práctica en seguida su proyecto.

Además, al objeto de que no le hicieran ninguna dificultad en Nueva York, en lo que hacía referencia a la entrada en América de Santuza, Giovanni mandó un cable a Jerry Thurston, personaje desaprensivo, quien con la ayuda de una partida de gente de mal vivir, hacía un buen negocio con joyas de contrabando, en el cual le decía: "*Haga arreglos para pasar a una niña por las oficinas de inmigración*".

Aunque los niños no formaban parte de su negocio, Jerry no vaciló en mandar las oportunas instrucciones a sus cómplices por un servidor chino, tan granuja como el amo.

Dos de la banda irían a las oficinas para recoger a la niña. Esos eran Sid y Kitty, la mujer indispensable en cada asociación de maleantes; otro, Jeff, acudiría al muelle con la misión de vigilar y comunicar lo que ocurriese, a Jerry; y, por último, Mike se encargaría de guardar la niña en la casa donde vivían él y los nombrados cómplices.

Pero surgió una discusión entre el chino y Mike, por querer éste saber lo que significaba el asunto de la niña.

El criado se lo quitó de encima con esta sabia réplica, tras de la cual marchóse:

—¿Usted quiere saber? Pregúntele al amo.

Kitty dijo a Mike:

—Anda con cuidado, Mike, porque si continúas por ese camino es seguro que vas a perder tu influencia con el jefe.

—No me importa si la pierdo... Estoy harto de recibir sus órdenes... Pues qué, ¿acaso creéis que yo no puedo llevar este negocio solo?

A una señal de Kitty, Sid y Jeff la dejaron sola con Mike, de quien ella acariciándolo engañosamente, aplacó el furor de su envidia, que ésta y no otra cosa era lo que le hacía entrar deseos de desbaratar los planes de la banda, cuando en ellos no iba él a la cabeza. Mucha pretensión era la suya, que entrara el último en la «sociedad» y quería ser el primero.

Al llegar a Nueva York, Giovanni desembarcó con la niña en un brazo, pensando para sí en lo bien que le saldría el nuevo fraude al Estado americano.

Mas algo sospechaba de él la policía y he aquí que, inopinadamente, nuestro hombre se sintió cogido por un agente de la secreta.

—Déjate de niños, Giovanni—le dijeron—. Esta vez te vienes con nosotros.

—La niña viene conmigo.

—Suéltala y que la recoja quien hayas sobornado para que te la preste. ¡Te conocemos, pájaro!

Tranquilamente—pues vió no lejos de sí a Sid y a Kitty, de riguroso luto— Giovanni se dejó llevar por la policía, que le encerró duran-

te el tiempo que duró el desembarque de emigrantes y revisión de sus papeles, por si había otros servicios que prestar, en un sitio seguro.

En vista de ello, Sid y Kitty, fingiendo gran impaciencia por conocer a la niña «que les iba destinada», rogaron al empleado de las oficinas de inmigración «que la despacharan pronto».

—Sí—les manifestó éste—, todo está arreglado ya. La niña está aquí. Mandaré por ella.

Seguidamente una empleada de las oficinas fué a buscar a Santuza, y ésta no tardó en aparecer, al mismo tiempo que Giovanni sacado de su encierro, se dirigía hacia la salida con los ayudantes de vigilancia.

—¡Pobre hombre! Qué será lo que habrá hecho—dijo Sid al verlo custodiado, interpretando prodigiosamente su papel de hombre caritativo.

La niña, apenas presentada a *sus parientes*, fué objeto de tierna acogida por parte de ellos, pero tan pronto vió a Giovanni, exclamó tendiéndole sus bracitos:

—¡Ay, ahí está mi bueno y cariñoso hombre!

El empleado de las oficinas presenciaba la escena; y para no dar lugar a ninguna sospecha, Sid objetó a Kitty, su apócrifa hermana:

—Hermana mía, no la dejes hablar con él... Ese hombre es un preso.

—Pero, hermano—respondió Kitty con cara compasiva—, él debe de haber sido muy cariñoso con ella.

Los policías, en vista de que aquellas *buenas personas* accedían a que Giovanni abrazara a Santuza, le dejaron hacer y por cierto que él

supo disimular a la perfección no conocer a sus compañeros de oficio.

—¡Mi pequeña queridal—dijo Giovanni estrechando a la niña en sus brazos.

—Dios le bendiga—pronunció, transformándose de repente en Pastor, Sid—. Que la bendición de un ángel de Dios sea con usted.

Los policías no vieron nada en aquella farsa....

En su vida irregular, Kitty y Sid habían faltado a la mayor parte de los diez mandamientos; pero algo en sus cansados y lastimados corazones brotó ante la sonrisa de una niña inocente.

Así que llegaron, a su casa, o sea en la que habitaban varios de los afiliados a la banda de malhechores, Kitty y Sid se desvivieron por complacer a la niña, discrepando, como era de prever, las ideas del hombre de las de la mujer, pero armonizándolas mutuamente en beneficio de la risueña Santuza.

Y viendo Sid que Kitty se adentraba más que él en la simpatía de la niña, quiso ganarle ventaja saliendo de la casa y regresando en seguida a ella con un automóvil para diversión de Santuza.

Indudablemente son muchos los seres que pululan en este mundo que a pesar de su apariencia de maldad, serían buenos... porque para eso no les falta más que la libertad.

Otro de los cómplices contrabandistas, al que ya conocemos, Jeff, vió no sin envidia la alegría que la niña les producía a Sid y a Kitty, y como era un excelente amigo de Sid, dentro y fuera de los negocios especiales en que su

mala estrella los había lanzado, quiso también ocupar un rincón en el afecto de Santuza, y ésta salió ganando otro obsequio.

¿Iba, pues, la intrusa gentil, a convertirse en reina de aquellos seres desheredados del bien?

Con decir que Mike no tenía corazón, queda la pregunta contestada.

En efecto, Mike, más exasperado al ver a



...pero algo en sus cansados y lastimados corazones brotó...

Santuza en su casa, que cuando el criado chino del jefe anunció su llegada, mofóse y maltrató de hecho a Jeff y a Sid, porque jugaban con ella.

Rabiando por dentro, los aludidos no se rebelaron contra la brutalidad de Mike, por ser éste superior, dentro de la banda, a ellos.

Mike, con entonación de amo y señor, dijo luego:

—¿Qué cree Giovanni que tenemos aquí, un asilo de huérfanos? Limpiar todo esto, y echar fuera a esta niña también. Quiero dormir. Llamadme cuando Giovanni traiga los diamantes.

Santuza se acercó a Mike, asiéndole una mano para que la mirase, pensando puerilmente que viéndola sonreír, cesaría de gruñar.

No fué así, por desgracia, pues el bruto mandó a rodar el cuerpo de la niña a los pies de Kitty, de un salvaje empujón.

Mike retiróse a su habitación a descansar sus fatigas, renaciendo la calma en la que se hallaban Santuza y los «suyos».

—Ese es un hombre malo—díjoles la niña—; a mí no me gusta.

Ellos se miraron coincidiendo con sus miradas en que aunque ellos valieran poco para el mundo, menos aun valían otros seres que como Mike, eran calificados de malos hasta por inocentes seres como Santuza.

Giovanni, no aportando al Juez ninguna prueba de la culpabilidad que se le imputaba—el contrabando—, tuvo que ser puesto en libertad inmediatamente.

La primera visita que hizo al salir de la delegación de policía, fué para el señor Jerry, el jefe de la pandilla de los matuteros.

Se alarmó de buenas a primeras el aludido al decirle Giovanni que había sido detenido al poner pie en tierra, mas luego con las explicaciones del italiano se sosegó y le escuchó atentamente.

—Me dejaron libre porque no había eviden-

cia, ¿comprendè usted? Tomé antes mis precauciones, escondiendo los diamantes en la muñeca de la niña que traje conmigo—terminó diciendo Giovanni a Jerry.

—Tú eres listo, Giovanni—le contestó en un sincero elogio el jefe—. Yo espero grandes cosas de ti, pero ten cuidado de Mike. Ese quiere ser tan poderoso como yo, y temo cualquier fechoría de su parte.

—Me pondré en guardia.

—¿Vas a ir ahora a ver si la niña ha llegado bien en casa de Kitty?

—Hoy no; es demasiado tarde y como no hay cuidado de que les haya ocurrido nada malo—pues ví a Sid y a Kitty salir juntos con Santuza de las oficinas de inmigración—, prefiero recogerme a descansar. Pero me llegaré a ver a esos al amanecer, que es la mejor hora para que no me vea nadie, por si acaso la «poli» me acechase para encontrarme motivo de echarme el guante. Parece que la han tomado conmigo dos agentes de cuidado.

—Adiós, pues; y dile a la gente que yo estaré allí a media mañana... y echaremos una mirada a esa muñeca de trapo.

Pasó la noche sin más incidentes que los relatados; pero la nueva aurora trajo a Kitty una sorpresa muy desagradable: Santuza, que dormía con ella, había desaparecido.

Sid y Jeff participaron en el disgusto de la mujer, y aunque en el espíritu de cada uno aparecía el nombre del culpable del robo de la niña: Mike, no se atrevieron a pronunciarlo, resistiéndose a admitir que por envidia y enojo él había podido tomar la cosa tan a pecho.

Giovanni puso el grito en el cielo al enterar-

se de la ausencia de Santuza... y principalmente de la muñeca.

Como sus compañeros, Giovanni pensó en Mike.

Este último era, en efecto, el autor del rapto de la niña; pero no por el interés de apropiarse de los diamantes—pues ignoraba el secreto de la muñeca—, sino por deshacerse de la chiquilla, a la cual, dormida aún, metió en el primer cubo de basuras que le vino a mano en la calle, a la puerta de una casa cualquiera.

La recogida de inmundicias tuvo lugar poco después, y Santuza y su muñeca fueron a parar al carro municipal, del que, a fuerza de lamentos, fué sacada, con verdadero asombro, por uno de los basureros, un bravo negrito de nacimiento y no de un susto como algunos pudieran suponer, el cual la depositó en la acera de la calle, alejándose, a paso lento, el carro de la limpieza.

Sin embargo, Santuza seguía llorando, y unos chiquillos bulliciosos, vendedores ambulantes de periódicos, notaron su desconsuelo y la rodearon dispuestos a protegerla.

—¿Qué te pasa?... ¿Estás perdida?—le preguntó el mayorcito de los modestos comerciantes.

—Quiero mi muñeca—plañióse ella—; un hombre se la llevó en un carro muy sucio.

—¡Ah, en el carro de la basural! Pues bien, no llores más; quédate aquí con éstos y vuelvo en seguida.

El chiquillo galante puso los pies en polvorosa, y asustando al negro de marras logró recuperar la muñeca amiga de Santuza.

—¡Mi abuela!—exclamó el cara de betún—.



¡Esto más que un depósito de porquería es un criadero de chicos!

El chiste era oscuro; no podía por menos de serlo, ¡pues lo hacía un negro!

Con la devolución de su muñeca, Santuza recobró su habitual alegría, y con gran contento de los muchachos se prestó a seguirlos. Como era la hora de la venta de los diarios de la mañana, no les era posible dedicarse a buscar una solución para devolver a Santuza a sus parientes. Más tarde verían lo que debían hacer con ella.

Entretanto, en casa de los contrabandistas surgía una violenta disputa entre Mike—que hacía poco que llegara—y Giovanni.

—¿Qué has hecho de la niña?

—De tú niña? ¿Qué lío era ese?

—Contesta pronto.

—La arrojé de mi casa. No me gustan los negocios con criaturas.

—¡Gran animal! En la muñeca que lleva esa niña hay diamantes por valor de doscientos mil pesos!

—Deja que me ría. ¿Estás seguro de no haber escondido, para tí, esos diamantes?

—¡Granuja ambicioso! Eso lo habrías hecho tú, que eres capaz de todo.

Los dos hombres iban a herirse cegados por la ira, mas Kitty se interpuso entre los dos, conteniéndoles en sus arrebatos de cólera con la amenaza de que un disparo o cualquier otra imprudencia hiciera acudir la policía.

Convencido Mike de que lo mejor era encontrar a la niña... y la muñeca, salió a buscarla, pero no la halló.

Llegó Jerry poco después a casa de sus cómplices.

—¡Los diamantes han desaparecido!—se apresuró a decirle Giovanni, preocupadísimo.

—¿Desaparecido? ¿Qué ha sucedido con ellos?—preguntó Jerry en el paroxismo de su extrañeza.

—Ese se lo dirá a usted—le contestó Giovanni señalando a Mike que regresaba de sus inútiles pesquisas.

—¿Por qué me lo ha de decir precisamente ese?—inquirió Jerry sospechando algo malo.

—¿Porque él ha robado esta mañana, del lecho de Kitty, a Santuza—añadió Giovanni.

—¿Eh? ¿Qué has hecho pues, de la niña, Mike?—demandó amenazador el Jefe.

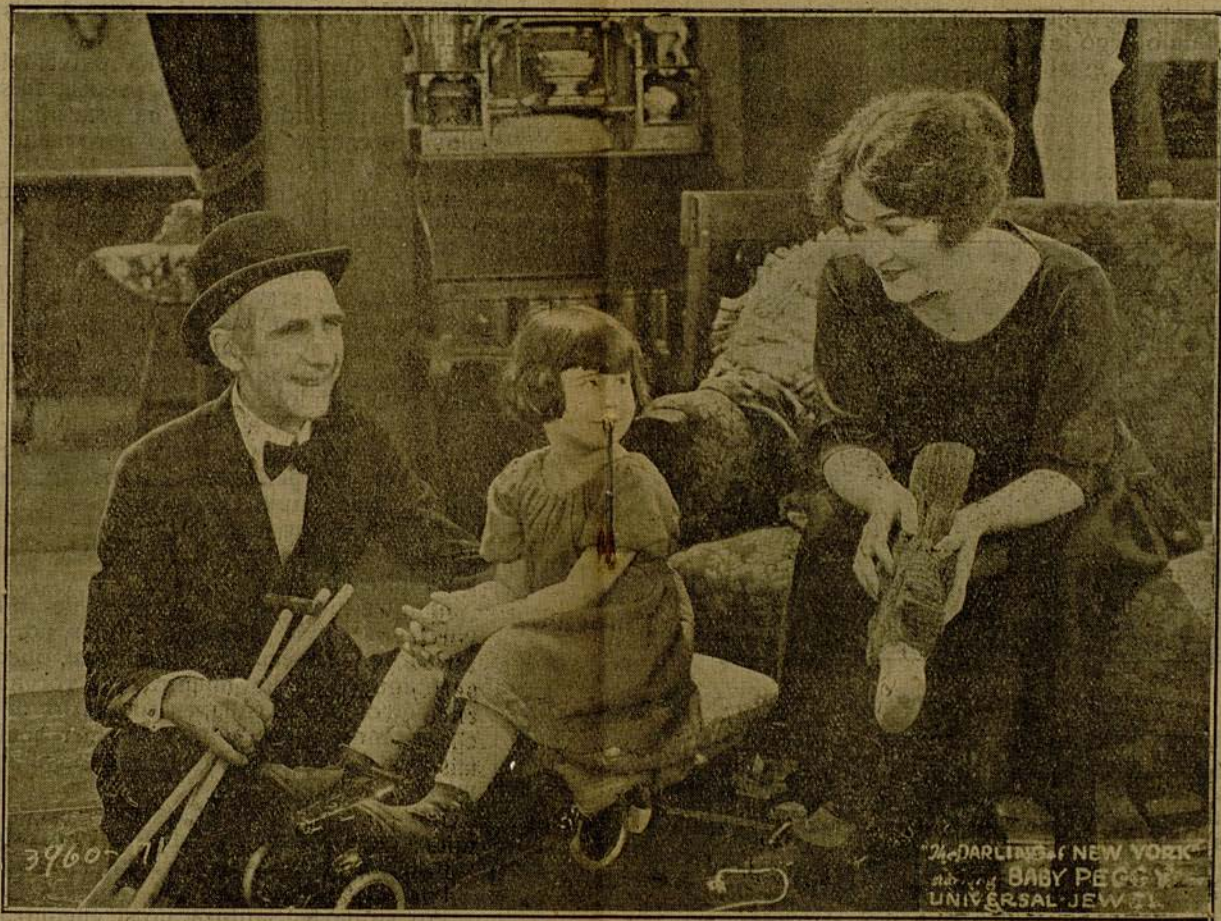
—Se escapó en la calle. Eso es lo que sucede por no avisarme—replicó indiferente Mike.

—Está bien, pero oídme todos, porque a todos os interesan mis palabras: o encontráis a esa niña y desde luego a la muñeca, o os pongo los tornillos a todos. ¡Y vive Dios que cumpliré mi amenaza!

Santuza, protegida, en nombre de todos los chiquillos que la consolaron antes, por el mayorcito que le recuperó la muñeca, obedecía a éste aguardándole mientras él voceaba sus periódicos por la calle, en su puesto de venta, encargándose de cobrar la mercancía que clientes fijos o de ocasión tomaban ellos mismos.

Giovanni, Mike, Jeff, Sid y Kitty buscaban a la niña por los barrios en que la había dejado Mike. Fracasaron sus intentos.

Por su parte, Santuza, no se encontraba ma



Kitty y Sid se desviaron por complacer a la niña...

con los nuevos amigos, con quienes fué a comer cuando llegó la hora oportuna.

Muy ufanos estaban los vendedores de periódicos de tener sentada a su mesa a una damita tan gentil como Santuza y todos eran a obsequiarla.

Después de la comida, los muchachos se dedicaban, en espera de la hora de la salida de



...encargándose de cobrar la mercancía...

los diarios de la tarde, a solazarse juntos. Para ello y para todo lo que fuera negocio, los chicos en cuestión se reunían en casa del que se las daba de jefe, porque era el que mejor venta hacía.

Aquel día, un asunto muy serio debía ser tratado; y así habló el «amo» del distrito periodístico:

—Amigos míos, he nos ante un caso que jamás se nos había presentado. Sabemos todos—pues ella nos lo acaba de decir—que Santuza es huérfana y que se halla sin amparo aquí. Nosotros no podemos tenerla entre nosotros, porque todos somos hombres y ella es una señorita. ¿Qué debemos hacer?

—Las declaraciones de Santuza me parecen



...con quienes fué a comer...

muy confusas y opino que deberíamos dar parte de su hallazgo a la policía. Alguien la reclamará—intervino uno de los muchachos.

—No me parece bien que Santuza sea entregada a la policía—añadió el jefe—; y si es cierto que alguien pueda reclamarla, lo puede perfectamente hacer desde la sección especial de los periódicos. De modo que, siéndonos a

todos posible leer cada día la citada sección de todos los diarios, restituiremos a Santuza a quien de derecho se interese por su hallazgo. ¿Os parece acertada mi idea?

—¡Bravo!—gritaron los oyentes.

—¡Veréis lo que voy a hacer!—exclamó otro muchacho—. Se la llevaré a mi madre.

—Muy bien, Levinsky—le dijo golpeándole cariñosamente en la espalda el jefe.—Supongo que todos estarán conformes en solucionar de tal manera este delicado asunto.

—Sí, sí—afirmaron los consultados.

—Entonces, andando, Levinsky: tú y yo podemos ir a tu casa ahora mismo con Santuza. Y vosotros, ya lo sabéis: leed de los diarios la parte que corresponde a los sucesos locales... y si hay algo que interese a nuestra protegida, avisadme.

En casa de Levinsky, el muchacho que ofrecía, en nombre de su madre, la hospitalidad de su hogar á Santuza, no sobraban los recursos. La familia que se cobijaba en una tienda ni muy clara ni muy amplia, era numerosa: 7 pequeños, la madre y el padre, la componían.

La cabeza de todos aquellos miembros, no ganaba millones con su oficio de claveteador de suelas, vulgo zapatero.

Tantas bocas que llenar, requerían muchas botas que componer.

Y el negocio no iba viento en popa, sobre todo de un tiempo a entonces, pues díriase que una vía de agua no dejaba adelantar en el mar de la prosperidad aquel arca de Noë.

Precisamente momentos antes de llegar el mayor de los hijos, Levinsky, con Santuza y el jefe, la madre de aquella «colla» pedíale a su

esposo, el errante zapatero, más dinero para la comida. Y el cabeza de aquellas cabezas, con las manos en la cabeza, daba vueltas a su cabeza para no desesperar ante la crítica situación en que se hallaba su familia.

—Los tiempos están muy duros, Genoveva—contestó a su esposa—. Ayer sin negocio... hoy sin negocio... y el casero nos ha subido el alquiler. ¡No sé donde estoy!

—No te apures, Eleuterio. ¡Paciencia! Algún día seremos ricos. Tenemos unos hijos tan listos... El maestro me ha contado de Paquito que si estudiaba música sería un tenor apreciable.

—No me vengas con canciones, Genoveva, y toma estas perras más *pa fideos*.

Luego, para equilibrar este nuevo dispendio, borró de la suela de unos zapatos, el precio de la compostura escrito con tiza, y lo aumentó del importe de aquel gasto.

Hecha esta operación, y para ahogar su pena, entonó un pasaje de «*Si yo fuera rey...*»

Momentos después llegaron a la tienda los dos vendedores de periódicos y Santuza.

—¿De quién eres tú?—le preguntó el zapatero a la niña al verla.

—Esta muchacha no pertenece a nadie... y viene a vivir con ustedes, señor Levinsky—dijole el jefe de los vendedores.

—¿Qué?—preguntó asombrado el señor Eleuterio.

Pero los chicos se colaron en el interior de la casa, y recababan para Santuza la compasión de la *señá* Genoveva.

Vaciló un poco la excelente mujer en encargarse de otra boca, pero su corazón de madre era más blando y dulce que el mazapán.

Y dijo, abrazando a la huerfanita:

—¡Una niña tan chica y sin hogar! Te quedarás aquí.

El zapatero, acudiendo a evitar la generosidad de su esposa, oyó las citadas palabras, y objetó:

—¡Ay, Genoveva! ¡Con nueve bocas que llenar no crees que hay bastantel...

—Pero una más, Eleuterito, una tan pequeña—añadió la siete veces madre—. Una más no hará diferencia en la comida.

Cedió el zapatero más pobre que una rata, pero con un corazón de oro, y volvió—para no malgastar el tiempo—a su banqueteta y dale que le darás a las suelas.

Cuando salió el jefe de los «periodistas», llamó el señor Eleuterio.

—Quizás tengas algunos niños más, ¿no?—díjole fingiendo una sonrisa.

—Creo que podría encontrar otro—contestó el rapaz comprendiendo la poca gracia que al zapatero le había hecho la adición de una boca más a su familia—; pero ¿cuánto me dará usted por él?

El zapatero hizo ademán de levantar un martillo para recompensar al ocurrente muchacho, a la par que éste desaparecía de su vista al trote y partiéndose de risa.

Santuza sintió en su alma el agradecimiento que debía a la señora Genoveva, y su único deseo era ayudarla, sirviendo lo mismo para un barrido que para un fregado.

Kitty, descorazonada por la desaparición de Santuza, lo daría todo por encontrarla. Una vez confesó a Sid:

—Yo echo de menos a esa chiquilla. Ella me

dió el único abrazo sincero que he recibido en mi vida.

Sid también se sentía afligido.

Por un instante, al caer la tarde de aquella jornada, pareció que la casualidad iba a descubrir a Mike, el malvado, el paradero de la niña.

En efecto, entró en la tienda del señor Eleuterio... pero sólo fué para recoger unas botas que dió a remendar, esas botas de las que el zapatero aumentara antes el precio de la compostura y lo cual no dejó de notarlo Mike, quien preguntóle de muy mal humor:

—¿Qué significa este aumento?

Cortado, el humilde repiqueteador de suelas respondió:

—¿No puede usted tomar una pequeña broma?

—¿Sí, eh? ¡Pues trate de cobrar su trabajo!

Y marchóse tan fresco como el rocío de la mañana.

La cara que puso el señor Eleuterio era capaz de rematar de risa a un cadáver.

—¡Ladrón! ¡Sinvergüenzal!...—fueron las únicas palabras que pudo pronunciar... cuando Mike ya no los podía oír.

Pasaron dos días desde que Santuza entrara a engrosar la pequeña gran familia del zapatero remendón.

Dos días en que los negocios de este buen hombre se afirmaron en declinación; y tanto fué así que el señor Eleuterio conferenció con su mujer como sigue:

—¡Ay Genoveva! Vamos a tener que separarnos de Santuza. ¡Pobrecita!... Pero no tenemos suficiente para los nuestros... y sin dine-

ro por una semana... y sin negocio todavía... quizá tengamos que mandar al asilo a dos de los nuestros.

—No, no, Eleuterio; déjame que tenga a Santuza unos días más.

—Es la ruina, mi querida Genoveva. Sin embargo, accedo. ¡Es horrible que no podamos a lo menos hartar a los pequeños!

Giovanni, tratando a Kitty, se convenció con agrado de que era una mujer buena, mala por los reveses de la vida, y un día, hallándose solo con ella en la casa de los conocidos miembros de la banda de contrabandistas de joyas, le habló de amores, y como ella le escuchaba atentamente, quiso demostrarle que, como ella, tenía buenos sentimientos, enterándole de cómo trajo a Santuza a Nueva York.

—Ahora te lo he dicho todo, Kitty... el origen de la inocente criatura, el mal que la he hecho... Toma, entérate también de esta carta. ¿Qué debo hacer ahora?

Kitty leyó la carta que la difunta madre de Santuza hizo escribir por el médico a su padre para pedirle que se encargara de la nieta, y dijo a Giovanni:

—Si te impusiera una condición para creer en tí, ¿me complacerías?

—Por tí, Kitty, por tu felicidad, haría yo lo que me ordenaras.

—¿Aceptarías separarte de esa banda... y seguir el camino derecho?

—Sí, Kitty. Y, entonces, ¿consentirás en ser mía, mi mujer?

—Con todo mi amor, Giovanni.

Decidieron, de común acuerdo, que Giovanni enteraría al abuelo de la odisea de su nie-

ta, entregándole, como prueba de veracidad de su relato, la carta que le iba destinada. Kitty, por su parte, redoblaría sus pesquisas por encontrar a Santuza.

Giovanni, por el amor de Kitty y también por el cariño que durante la travesía de Italia a América le cobró a la huerfanita, se entrevistó con el millonario, hombre poderoso que tenía a su alcance toda clase de lujos, menos el mejor de los bienes: la felicidad.

La referida carta de su hija, fallecida en la miseria, confirmó, de modo irrefutable, la sinceridad de la confesión del italiano.

Y aquel hombre con dinero, vertió lágrimas muy amargas por la pobre hija... y anheló con toda su alma proteger a la nieta desaparecida.

Santuza que oyó la triste conversación del señor Eleuterio con su esposa, y las emocionadas palabras que pronunció ésta, refiriéndose ambos a la separación de ella, puso a la práctica una idea digna de una persona mayor, marchándose, por la noche, del hogar del zapatero, para evitar a la *señá* Genoveva el dolor de entregarla a la policía, como le había oído decir que lo haría.

Pero en su precipitación, no hallando debajo de las camas de los demás pequeños, su muñeca, Santuza se marchó sin ella. En la calle, Mike vió a Santuza y su visión fué un rayo de luz para él, e intentó alcanzarla. No logró su intento, pues ella que también le había visto, echó a correr entre la gente, poniéndose fuera de su alcance, y ocultándose en un ángulo que formaban dos casas.

Desde su escondite Santuza distinguió entre

los transeuntes a Kitty, y a riesgo de que Mike, que la buscaba con ahinco por todos lados, la volviese a ver, gritó su nombre con frenesí.

Kitty dió gracias al cielo que le devolvía al ángel de Santuza, y con las mayores precauciones regresó con ella a su casa, y la escondió en su habitación.

Giovanni no pudo enterarse del hallazgo de



...marchándose, por la noche, del hogar del zapatero...

la niña, porque Mike parecía vigilar a Kitty, a quien pretendía, con otros fines que los de Giovanni, de cuya visita al millonario Van Dyne se enteró pues le vió entrar en su casa.

El jefe de la banda, sospechando por lo que Mike le dijo haber visto, que Giovanni les hacía traición, convocó a todos sus secuaces para que removieran cielo y tierra a fin de dar

con el paradero de la niña y de su muñeca, para luego huir a otros barrios.

Kitty asistió a la reunión de los contrabandistas, dejando a la niña oculta en su habitación particular.

Van Dyne había puesto en movimiento a toda la policía en busca de su perdida nieta, de la cual Giovanni dió la exacta filiación.

Mientras la policía buscaba en los asilos de huérfanos, Van Dyne y Giovanni buscaban por las calles de los barrios humildes cercanos a la casa de los malhechores.

El jefe de los vendedores de periódicos tuvo la feliz ocurrencia de escuchar lo que el millonario y Giovanni preguntaban a la madre de uno de los chiquillos amigos, y de inmiscuirse en aquel asunto.

—Oiga, señor—le dijo al ricó—. Yo encontré una niña perdida no hace muchos días. La llevé a casa de un compañero... cerca de aquí.

—¿Quieres acompañarnos a esa casa?—le dijo Giovanni.

—Vengan... Es aquí mismo.

En menos de cinco minutos el aludido muchacho llegaba con Van Dyne y Giovanni en casa del zapatero, a quien preguntó por la niña.

—Esa niña por quien preguntan—contestó apesurado el remendón—, se escapó una noche. ¡Cuánto lo lamentamos!

—¿Trajo con ella una muñeca de trapo?—preguntó ansioso Giovanni para saber si ella era positivamente Santuza.

—Sí, señor... Mi hijo estaba jugando ayer todavía con ese monigote de trapo. Genoveva, trae la muñeca.

—Sí, busquen ustedes esa muñeca; nosotros

buscaremos luego a la niña. Si esa criatura que recogieron unos días es la que buscamos, hay en la muñeca diamantes por valor de doscientos mil pesos.

—¿Doscientos mil pesos? ¡Ay, *la mia madre*, señor italiano! — exclamó casi perdiendo el sentido el pobre zapatero.

Y toda aquella numerosa familia, electrizada por el notición, locamente se precipitó debajo de los muebles para encontrar la muñeca.

El raudo y claro sonido de las bocinas de varios auto-bombas de incendio, obligaron al millonario Van Dyne y a Giovanni a salir a la calle, para saber donde se había declarado un incendio, y Giovanni palideció: la casa de los miserables donde Kitty tenía su habitación, estaba ardiendo.

¿Cómo ocurrió el siniestro?

La insospechada irrupción de la policía en la reunión de los contrabandistas, provocó una terrible lucha entre éstos y aquélla.

Fueron detenidos todos los vividores, incluso Kitty, que no pudo esconderse en la habitación en que dejara a la niña.

Hacia el final de la batalla, la llama de un fogón de gas hizo presa en un cortinaje y en pocos instantes el fuego se propagó en toda la casa.

Kitty, temiendo por la vida de Santuza, pedía desde el coche-jaula de la policía en el que se la iban a llevar detenida, que por el amor de Dios la dejaran ir a salvar a una inocente criatura. No fué escuchada, a pesar de su llanto: sus palabras no parecían indicar a la poli-

cía otra cosa que el deseo de escapar de sus garras.

De los maleantes, sólo quedó Mike en la casa, mal herido, y para librarse de la justicia subió a las habitaciones superiores de la casa, entrando en la de Kitty, sin que pudiera ver a la niña, pues cayó al suelo, apenas llegado, como muerto.

Santuza, que gritaba con horror que la salvaran, vió tendido a Mike, y olvidando la maldad de ese hombre le socorrió, bañándole en agua la frente y las sienes. El frío contacto reanimó a Mike, y Santuza se asió a sus pantalones para que la sacara de aquel infierno. Pero Mike, ruin, negó, atendiendo a su sola salvación, el merecido auxilio que le imploraba la niña, y la apartó de sí con brutalidad.

Pagó cara su mala acción Mike, pues cayó en la hoguera como un condenado por sus muchas culpas.

Kitty logró, aprovechándose de la confusión de la policía ante el incendio, escapar del coche y desafiando a la muerte pudo llegar hasta la niña.

Poco después, Van Dyne y Giovanni, que acudieron al lugar del siniestro, vieron, en el marco de una ventana, a una mujer con una niña.

Los apiñados espectadores expresaron su asombro en una exclamación general.

—¡Cuidado!

Giovanni miró bien, y con vehemencia dijo al rico:

—¡Esa es nuestra niña!

—¿Y esa mujer?

—Esa mujer... ¡será mi esposa!



Los bomberos prepararon la red para recibir los cuerpos de las mujeres, y el instante supremo fué emocionante.

Kitty recobró el sentido en los amantes brazos de Giovanni, mientras la niña cesaba de llorar —a causa del susto— en los brazos de su abuelo.



—¡Doscientos mil pesos de mi vidal...

Al día siguiente.

La familia del zapatero se preparó para una visita de cumplido a la heredera del millonario Van Dyne, que la invitara la víspera, al ser salvada por Kitty, que fué auxiliada en la tienda del remendón.

—¡Acordarse, no tocar nada!— recomendó el señor Eleuterio a su *tropa*.

Antes de salir de casa, contó a sus hijos y encontró a faltar el más pequeño.

Llamóle y éste apareció risueño con la muñeca de Santuza, que nadie hallara, porque el pequeñuelo la había escondido en la ratonera.

Al ver la muñeca el señor Eleuterio tuvo como un desvanecimiento.

—¡Doscientos mil pesos de mi vidal!—dijose pensando en lo que haría con ellos si se los dieran.

Pobre pero honrada, la familia del zapatero restituyó la muñeca a su dueña y el abuelo recompensó al señor Eleuterio brindándole su casa y una pequeña renta para la educación de sus hijos. En cuanto a los diamantes, los entregaría a las autoridades de aduana.

A la hora de comer se reunieron todos alrededor de una mesa opíparamente servida, y Santuza no podía ser más feliz.

Kitty y Giovanni se prometían eterna dicha por el sendero del bien.

Y todos se reían.

Hasta la muñeca...

FIN.

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

---

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 — Tarrasa

Próximo número

EXTRAORDINARIO

**Sábado 29 Marzo**

# **BORRASCOSO AMANECER**

gran super-joya «UNIVERSAL» por  
el estimado actor

**J. Warren Kerrigan**

¡ÉXITO ENORME!

64 páginas - Profusión de fotografías.

---

Potal-fotografía:

**WILL ROGERS**

---

**Sábado 29 Marzo**

Precio increíble 50 céntimos